

Emigrantes. Santiago Gil

lunes, 27 de julio de 2009

Modificado el lunes, 27 de julio de 2009

PSICOGRAFÍA

Se merecen nuestra admiración

Emigrantes

Santiago Gil

Nuestra

sangre corre por toda América. En Venezuela, Cuba o Argentina podemos encontrar gestos similares a los nuestros, mapas genéticos casi idénticos y el mismo color de ojos que heredamos de nuestros bisabuelos. Es fácil, por tanto, ponernos en su lugar e imaginar el desgarró, la pena y el desconsuelo que tuvieron que sentir al marcharse, muchas veces para siempre, a tierras lejanas y desconocidas.

PSICOGRAFÍA

Se merecen nuestra admiración

Emigrantes

Santiago Gil

Nuestra sangre corre por toda América. En Venezuela, Cuba o Argentina podemos encontrar gestos similares a los nuestros, mapas genéticos casi idénticos y el mismo color de ojos que heredamos de nuestros bisabuelos. Es fácil, por tanto, ponernos en su lugar e imaginar el desgarró, la pena y el desconsuelo que tuvieron que sentir al marcharse, muchas veces para siempre, a tierras lejanas y desconocidas. Sólo había-a que ver las lágrimas del emigrante Juan Magdalena en la última entrega del programa de la televisión autonómica Nuestra América. Salí de Hermigua para Caracas con 19 años y, aun con más de cuatro décadas de ausencia, no dejaba de llorar cada vez que recordaba cualquier detalle de su pueblo y de su familia. Le sucede a todos los emigrantes, pero los insulares quedamos más heridos y nos mostramos más inconsolables: somos una isla que necesita estar siempre cerca de su mar. Da lo mismo la fortuna, la suerte o lo cosmopolita que sea la ciudad que habitemos porque siempre se quiere volver. Sólo concebimos la llegada al puerto de partida. Ya todo eso estaba en La Odisea y en el viaje de vuelta a Itaca de Ulises. Da lo mismo que luego no regresemos nunca. Lo único que nos mantiene vivos es la posibilidad del retorno.

En ese mismo programa se contó la historia de Inés Molina, una gran Canaria que vivía en Buenos Aires y que tuvo que salir de la isla por las represalias franquistas contra su padre. Salí de Guía junto a sus padres y su hermano Gustavo dejando amigos que no ha olvidado ni un sólo día de su existencia. Gustavo murió hace unos años, pero Inés era capaz de recordar cada calle de adoquines y cada rincón al pie de la ciudad de Luján. También recordaba el nombre de su novio infantil. Decía que Chago le había prometido que la esperaba para casarse cuando ella volviera de América. Inés tenía entonces seis años y Chago siete, pero ella no había olvidado aquella promesa. En el programa lograron comunicar con Chago y los pusieron en contacto por teléfono. Los dos se habían casado y habían tenido varios hijos. Sabían el uno del otro por referencias cada vez más espaciadas. Hablaron de recuerdos y de nombres lejanos, pero su incipiente amor quedó en el olvido para siempre. Aun así, Inés mantenía toda la vinculación con su isla a través de un pequeño rincón de recuerdos que tenía en su casa de Buenos Aires. Lo de su novio y su pueblo era un amor platónico que necesitaba mantener vivo todo el tiempo para no extraviarse y para saber quién era y de dónde venía.

Juan había salido de Hermigua huyendo del hambre e Inés había dejado Gran Canaria escapando de la represión franquista contra los republicanos. A los dos les cambiaron los escenarios de su biografía y el destino de sus querencias. Se merecen toda nuestra admiración.

CICLOTIMIAS

Siempre queda algo que vuela cuando un niño pronuncia por vez primera la palabra gaviota.

santiagogil@santiagogil.com

MI BLOG: www.santiagogil.com

PUBLICADO EN CANARIAS7